

CLASE DIRIGENTE VERSUS NECESIDADES POPULARES

Quienes a lo largo de la historia han venido controlando los mecanismos del poder lograron imprimir con fuerza una conciencia elitista de la política entendiéndola como la responsabilidad de la llamada "clase dirigente". En realidad detrás de este concepto se esconde la idea de que solamente algunos están capacitados para "manejar la cosa pública". Y esto implica asignarle a la mayoría de los ciudadanos un rol pasivo a la hora de definir cuestiones fundamentales que hacen al bienestar de todos. Se trata de una concepción oligárquica de la política, es decir de que corresponde a "unos pocos", por supuesta "capacidad", por tener "tiempo" para ello en virtud de que no necesitan ganarse con el sudor de su frente el pan de cada día, y por varios motivos más, la responsabilidad de encargarse del manejo del poder. De este modo existe una marginación objetiva de la mayoría popular, que conforma en realidad el cuerpo de una nación.

Ante la imposibilidad de frenar históricamente la exigencia de participación de los sectores populares, estos grupos de poder han ido reacomodándose con el otorgamiento de concesiones bajo el principio de "más vale otorgar algo antes que perder todo". De este modo, y no sin luchas, la sociedad argentina —para referirlo sólo a nuestra realidad— ha logrado avanzar en el protagonismo político. Recuérdese el movimiento social de fines de siglo pasado que Irigoyen logra expresar y conducir hasta plasmarlo en el movimiento político que conquista primero la ley Sáenz Peña y luego el gobierno en 1916; y la otra experiencia histórica de las clases populares de mediados de este siglo, que con la movilización del 17 de octubre irrumpen en la escena nacional y logran plasmar sus exigencias en un referente político a través del peronismo.

Se consolida así el sistema de la democracia representativa, en donde "el pueblo gobierna a través de sus representantes". Esto que objetivamente significa un avance social, ha buscado siem-

LA POLITICA ESA "COSA SUCIA"

pre ser burlado a través de los mecanismos políticos que la "clase dirigente" plasma en leyes electorales, constituciones y reglamentaciones de los derechos políticos del pueblo.

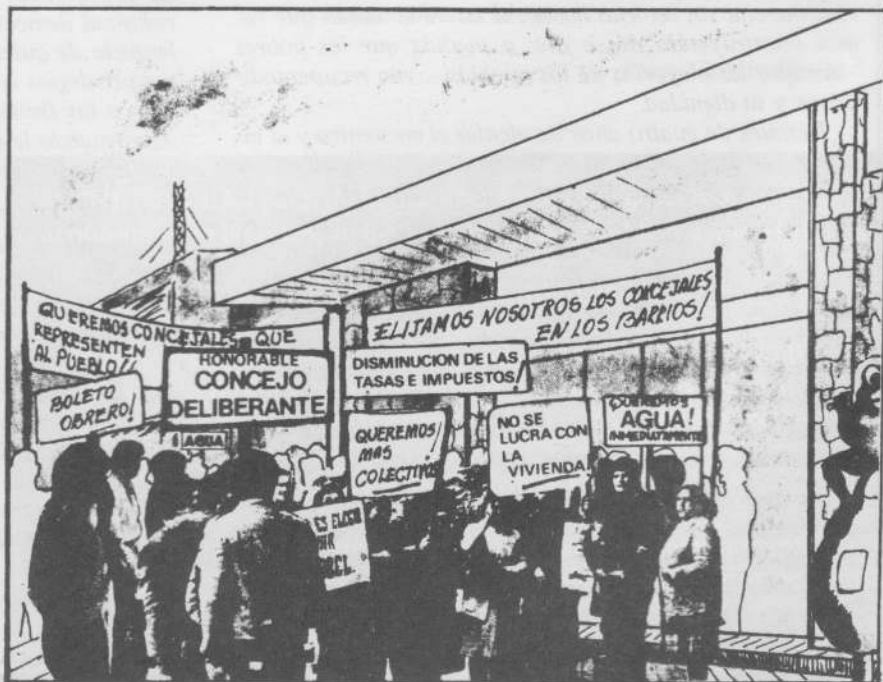
Y cuando esos mecanismos políticos resultan insuficientes para continuar con el control de los resortes básicos del poder, para la defensa de sus intereses económicos, esta misma dirigencia ha privilegiado su condición de "clase dirigente" antes que las necesidades populares a las que debiera responder en el sistema de la democracia representativa. Y ésta es entre otras, una de las causas de la irrupción de los golpes de estado en Argentina, donde los únicos que resultan perjudicados en sus derechos sociales y políticos son las mayorías populares, quedando siempre la "clase dirigente" a salvo para negociar luego el retorno a las formas democráticas. El manejo de la cosa pública, concebido de esta forma, ha aquilatado una cultura política, desvirtuando en la práctica los principios

de la democracia representativa, en la medida en que no ha perdurado el correlato entre los electores y los elegidos. En la cultura política de buena parte de los argentinos, sobre todo en los sectores medios, del "no te metás", del "animémonos y vayán", de "a la política la hacen los que saben".

No quisiéramos ahora ahondar en las causas de esta desvirtuación. Pretendemos sólo una reflexión desde la perspectiva de los intereses populares acerca de la importancia de revertir una cultura política que se plasmó luego en formas de representación genuina, mediante la vigencia de una democracia realmente participativa.

Es una idea cada vez más generalizada que este divorcio entre la clase dirigente y las necesidades populares se ha acentuado en los últimos diez años, determinando "una crisis de representatividad", que impide un real sinceramiento del sistema democrático vigente.

Como resultado de este divorcio per-



cibimos la realidad de un pueblo que cada vez se moviliza más en procura de lograr la recuperación de derechos arrebatados o de nuevas conquistas sociales, y que no logra sin embargo canalizar sus aspiraciones en una expresión política, lo que favorece la continuidad de planes económicos que no satisfacen sus intereses, sino que mantienen y fortalecen los de los sectores minoritarios del privilegio.

El efecto de esta realidad en el plano político es el desaliento a la participación, el desinterés por la política, el decrecimiento en las posibilidades de superación, y la agudización del convencimiento de que estamos incapacitados como pueblo para encontrar una solución definitiva a nuestros problemas. En síntesis, la reafirmación de pautas culturales en lo político que restringen el protagonismo del pueblo en la decisión del destino nacional.

He afirmado en otras ocasiones que para los cristianos imbuidos de los valores evangélicos de justicia, fraternidad, solidaridad, etc., esta realidad política, generada por la preeminencia de intereses personales, corrupción y tantos otros vicios, acentúa la visión de la política como "cosa sucia", acarreado en la práctica una actitud de descompromiso político que solamente beneficia a quienes quieren seguir usufructuando de la política. El temor a "embarrarse" en las cuestiones políticas ha dejado el camino libre para quienes conciben a la política como un negocio.

En el estado de desorganización generalizada en que han quedado los sectores populares han sido muy positivas las acciones de promoción comunitaria y de fomento a la participación en los organismos sociales que se ha impulsado durante estos años. Sin embargo esta tarea corre el riesgo de diluirse si no encuentra canales de participación que vayan conquistando los resortes últimos de decisión, lo que implica plantearse la cuestión del poder político.

EL PODER COMO SERVICIO

La desvirtuación de la política a causa del manejo de la "clase dirigente" ha arraigado la idea del poder como factor de dominación, provocando en amplios sectores bien intencionados un rechazo a la acción —que es política— tendiente a la conquista del poder. Porque no se quiere ser "dominador" para usufructo personal o de su sector, no se despliega una actividad de acumulación de poder

para el pueblo. Esta actitud, teñida muchas veces de una fuerte dosis de purismo y espiritualismo, en la práctica termina favoreciendo a los sectores minoritarios que han hecho de la política una profesión para el mantenimiento de sus intereses económicos.

Los cristianos, sin embargo, estamos exigidos por el Evangelio, a ser agentes de transformación en la sociedad para que en ella sea respetada la dignidad del hombre y los derechos del pueblo. La dura realidad de injusticias, opresión y marginación que sufren las mayorías populares nos plantea la urgencia de plasmar en el terreno político la opción por los pobres, tan declamada en los documentos del magisterio de la Iglesia. Optar por los pobres significa asumir una actitud consecuente en la lucha contra las causas generadoras de la pobreza. Y esta acción política, que inevitablemente provoca conflictos en la medida que toca intereses, se convierte en liberadora porque favorece la restitución de la dignidad derivada de nuestra condición de hijos de un mismo Padre solidarios en la fraternidad. La acumulación de acciones orientadas a revertir las situaciones inhumanas va a su vez fortaleciendo el convencimiento de que mediante el aporte de todos es posible generar nuevas relaciones entre los hombres, sustentadas en los valores evangélicos de la solidaridad, la justicia, la libertad y el amor fraternal.

En ese esfuerzo solidario y organizativo reside precisamente la fuerza de los pobres, para desterrar su marginación. Desde esta perspectiva el poder es concebido como un instrumento para con-

EN VIEDMA

Se realizará en Viedma, del 21 al 28 de febrero de 1987, el SEGUNDO SEMINARIO DE FORMACION TEOLOGICA organizado por un grupo de laicos de las diócesis de Quilmes, Neuquén y Viedma y del SEDIC, de Buenos Aires. Como se recordará, la animación del primer seminario estuvo a cargo del P. Gustavo Gutiérrez y se realizó en la Casa Cura Brochero de Quilmes. En esta oportunidad, el animador será el P. Jon Sobrino, teólogo de El Salvador. El tema elegido es "JESUCRISTO Y LA OPCION POR LOS POBRES".

cretar aspiraciones populares. Se trata en realidad de un concepto profundamente evangélico ya que se concibe el poder como un servicio a la causa de la justicia, de la dignidad humana, del bienestar de todos.

NUEVA REALIDAD POLITICA

La participación de los cristianos en la construcción de las herramientas fundamentales para efectivizar el protagonismo del pueblo en la realización de su historia no consiste en generar estructuras propias, que nos harían sospechosos de estar otra vez, aunque quizás con distinto signo, fomentando ese "espíritu de cristiandad", que encierra el concepto antievangélico del poder como dominación de unos pocos privilegiados, en riquezas o "cultura", sobre la mayoría marginada y pisoteada.

Tampoco se trata de sumarse a las componendas con los tradicionales factores de poder de la sociedad argentina, que terminan siempre por burlar la voluntad del pueblo.

El desafío que nos plantea la crisis actual que padece nuestra sociedad requiere imaginación, creatividad y audacia para regenerar las relaciones de convivencia mediante el impulso a auténticas formas de participación popular aportando al fortalecimiento de las organizaciones de bien común, que van articulándose para ejercitar mayores niveles de decisión.

Propuestas como la del recientemente lanzado Movimiento Cordobés, que con métodos que otorgan al pueblo —en sus niveles primarios de organización como los centros vecinales, cooperativas, clubes, cooperadoras, etc.— un auténtico poder de decisión, mediante asambleas, en la determinación de sus necesidades y la elección de sus representantes, permiten vislumbrar una nueva forma de ejercitar la política, que sin duda recuperará el ánimo y la confianza de muchos para lanzarse a una comprometida acción en favor de condiciones dignas de vida para todos.

Sumarse a los esfuerzos del pueblo por recomponer sus niveles de organización y de participación es la responsabilidad de quienes estamos llamados —y exigidos— a ser "sal" y fermento" en las transformaciones sociales, como auténtico servicio a la fraternidad entre los hombres.

Luis Miguel Baronetto